

LIBROS

LUZ GÓMEZ (2019). *Diccionario de islam e islamismo*. Madrid: Trotta, 490 págs.

El lector hispanoparlante ya disponía desde 2009 de un diccionario de referencia sobre el islam y el islamismo, publicado entonces también por Luz Gómez, profesora de estudios árabes e islámicos de la Universidad Autónoma de Madrid (UAM). Diez años después de esta primera edición, que ya fue muy bien acogida en su momento, la autora ha aceptado el desafío de completar y actualizar su obra. Y en ello ha tenido en cuenta una década especialmente cargada de debates públicos en torno al islam y al islamismo, con todas las conmociones aún en curso en el sur del Mediterráneo como telón de fondo. La tarea no era fácil, para empezar por la contradicción permanente entre, por un lado, la creciente difusión de conocimientos sobre estos temas entre la opinión pública y, por el otro, las habituales mezcolanzas no solo entre islam e islamismo, sino también entre islam y salafismo, radicalismo, e incluso yihadismo. Luz Gómez ha desarrollado pues un trabajo de divulgación académica, en el sentido más noble del término, para hacer accesible al gran público conceptos complejos, pero sin por ello desdibujar la profunda diversidad de estas realidades islámicas.

El método seguido a este respecto en esta nueva edición hace gala de un gran rigor, en la medida en que se ajusta a la dimensión didáctica propia de este tipo de obras (tanto es así, que el trabajo de Luz Gómez resiste cualquier comparación con diccionarios similares en lengua inglesa y francesa). Propone cientos de entradas, alfabéticamente ordenadas, de términos hispanizados, acompañados cada vez de la necesaria grafía original, generalmente en lengua árabe. La lengua española tiene, efectivamente, la peculiaridad de hispanizar con mucha naturalidad términos que le son exóticos, allí donde la islamología anglosajona o francófona tiende a transcribir más literalmente el árabe original. El ejemplo más llamativo es el de «yihad» en castellano, frente a «jihad» dominante entre autores francófonos o anglófonos. La selección de transcripciones, abreviaturas y citas es impecable, siendo la autora una reconocida arabista, ganadora del premio nacional de traducción en 2011 por su trabajo sobre un libro del poeta palestino Mahmud Darwix.

El diccionario propiamente dicho constituye la parte esencial de la obra, es decir, 416 de sus 490 páginas. Pero viene generosamente complementado con una nutrida cronología (desde el año 610, fecha de la primera revelación islámica, hasta 2017) y una bibliografía temática, armoniosamente equilibrada tanto en lo referente a los propios temas reseñados como a la proporción de autores españoles y extranjeros. Siguen cuatro índices de gran utilidad (y poco comunes en este tipo de obras): un índice terminológico, con las variantes en cuanto a transcripción de las propias entradas del diccionario, así como conceptos secundarios que aparecen dentro de las mismas; un índice onomástico con nombres de personas, dinastías, pueblos y tribus; un índice toponímico; y un índice de acontecimientos, organizaciones, empresas e instituciones. No hay que subestimar el interés de estos cuatro

índices, pues permiten en efecto al lector y a la lectora «navegar» literalmente en un horizonte más despejado de un campo político, histórico y semántico a menudo desconcertante.

Luz Gómez asume además plenamente su responsabilidad intelectual en la elección de las entradas, pues corresponde a todo académico que se enfrenta a un trabajo de selección y jerarquización llevarlo a cabo con perfecto conocimiento de causa. Este es el caso en una obra que mezcla muy diversos registros conceptuales, desde teológicos hasta sociales, a través de diferentes periodos históricos y áreas geográficas. Cabe además reconocer a la autora el mérito de intentar ampliar el campo de su obra mucho más allá del área mediterránea y/o árabe, a la que se circunscriben demasiado a menudo este tipo de reflexiones. Es muy de agradecer la atención prestada al islam en África subsahariana (la religión que más está creciendo), así como en el subcontinente indio y el sudeste asiático (donde residen la mitad de los musulmanes actuales). La tabla de los 57 Estados miembros de la Organización de la Conferencia Islámica (OCI), con su fecha de adhesión a esta institución con sede en Arabia Saudí, así como las cifras de la proporción demográfica de los musulmanes (por ejemplo, menos del 20% de la población en Gabón, Mozambique o Surinam), constituye un recurso muy valioso para apreciar en su medida la profunda diversidad de la realidad islámica.

Pero, cómo no, toda selección tiene su componente arbitrario, muy difícilmente reductible, por lo que los especialistas de tal o cual tendencia del islam o de esta o aquella zona geográfica posiblemente echen en falta que su tema predilecto no goce de más amplio tratamiento. Pero este defecto se me hace inevitable y relativo, vista la ingente tarea acometida de recorrer catorce siglos de historia de una religión que actualmente corresponde a casi una cuarta parte de la humanidad. También resulta comprensible, habida cuenta de la desmedida e intrincada masa de datos y de su complejidad, hallar erratas —que el propio contexto permite por lo general corregir—, como la errónea mención a los «zaidíes» en la entrada dedicada a los «yazidíes».¹

La voluntad pedagógica de este diccionario se ve respaldada por cuadros que aclaran con gran pertinencia las complejidades del «calendario» islámico, de las ramificaciones de la *chía*, de las diversas escuelas de jurisprudencia llamadas *madhab* (con valiosa información sobre su existencia fuera del mundo suní) y de las diferentes ramas del «sufismo». Al haberme visto yo mismo en el brete de intentar explicar y enseñar estos diversos conceptos, puedo valorar y apreciar bien el esfuerzo de síntesis que implican estos cuadros. Es también muy de agradecer el énfasis puesto en ciertas corrientes islámicas muy poco conocidas, concediéndoles sus propias entradas, como «bilaliano» (musulmanes afroamericanos de Estados Unidos); «civista» (relativo a un tipo de islamismo que aspira a «islamizar la modernidad», en vez de «modernizar el islam»), «gulenista» (miembro de una hermandad turca durante mucho tiempo aliada de Erdogan, antes de pasar a convertirse en una de sus bestias negras) o «yazairista» (seguidor de un islamismo propiamente

1 Luz Gómez (2019). *Diccionario de islam e islamismo*. Madrid: Trotta, p. 416.

argelino, opuesto a los modelos importados de otros países árabes). En cuanto a la generosa entrada consagrada a la «reislamización», resulta de lo más oportuna, pues aclara las dimensiones contemporáneas de una dinámica de «regreso», más o menos fantasmagórica, a los fundamentos del islam, allí donde una lectura esencialista cree ver un islam más o menos eternamente cristalizado.

La atención prestada en este diccionario al «feminismo» y al «matrimonio» es también elogiada, más aún en cuanto que se ve complementada por entradas específicas dedicadas, por ejemplo, al «código de la familia» y a la «clitoritomía». En cuanto al interés dedicado al vestuario, además de original resulta justificado, pues abre a considerar, por orden alfabético, términos como el «burka», el «burkini», el «caftán», el «chador», el «fez», la «galabiya», la «kufiyya», la «melhfa», la «qamis», el «paranyé», el «shalwar qamis» o el «turbante». Tan original resulta la inclusión de entradas dedicadas a expresiones del lenguaje común, que nos permite saber más sobre los «barbudos», asociados al islamismo proselitista e incluso invasor; sobre los «bazaristas», comerciantes de bazar, a menudo muy devotos; los «hitistas», jóvenes desocupados dedicados a «sostener los muros» en Argelia; sobre las «chabbiha», milicias mafiosas al servicio del régimen de al-Asad en Siria; o sobre las «mujabarat», policías políticas que oprimen a las poblaciones árabes en beneficio de las dictaduras locales. Esta decisión de ampliar tanto el campo de los términos abordados constituye uno de los valores añadidos de esta obra, en comparación con diccionarios similares publicados en otros países.

Concluyo así esta reseña sinceramente elogiosa, pero no sin antes añadir un comentario muy personal. Llevo mucho tiempo defendiendo que el yihadismo contemporáneo sea considerado una nueva religión, en lucha abierta contra el islam y los musulmanes, y no una versión más o menos radical de un islam más o menos descarriado. Es en esta línea que ya en 2007, invitado por la Casa Árabe, impartí una conferencia titulada «Al-Qaeda contra el islam» en el Círculo de Bellas Artes. El yihad, indudablemente, siempre ha existido en el islam, ya sea en su forma «superior» y mística, de lucha contra las fuerzas del mal en el alma de cada creyente, o bien en su forma «menor» y militar, de lucha armada. Pero incluso este yihad combatiente se hallaba estrictamente enmarcado en determinadas condiciones dogmáticas y teológicas: en su versión «defensiva», pretendía proteger el territorio musulmán y a su población; en su versión «ofensiva», aspiraba a conquistar nuevos territorios, sometiendo a su población. Las últimas campañas del «yihad ofensivo» se remontan al siglo XVIII y fueron dirigidas por los imperios musulmanes, el Imperio otomano en Europa oriental y el Imperio mogol en India meridional.

En cuanto al presente yihad mundial, a veces llamado «global», este no aparece hasta el final del siglo pasado. Y lo hace rompiendo con más de un milenio de doctrina y práctica de yihad islámico, pues corta los vínculos con el territorio que hay que defender y someter (y, por lo tanto, con la población que allí vive). Y en nombre de este nuevo credo, que exalta y difunde el terror, se asesina a numerosos civiles —musulmanes o no— en los cinco continentes. Un credo que, por ejemplo, en abril de 2019 justificaba la muerte de 257 personas en una serie

de atentados en Sri Lanka, presentándolos como un acto de «represalia» por la reciente caída del último bastión yihadista en el valle sirio del Éufrates. Además de esta «globalización», totalmente inédita en la historia del islam, la nueva religión del yihad como fin en sí mismo dispone de sus propios textos y mitos fundacionales, de sus ritos de corte totalitario y de sus redes sociales como medio por excelencia de reclutamiento y adoctrinamiento. Y es que los fieles seguidores de Al-Qaeda y del Daesh, así como del mal llamado «Estado Islámico», luchan sobre todo contra los «malos musulmanes», es decir, contra los musulmanes de carne y hueso de todo el mundo. Defiendo pues esta distinción fundamental entre la secta yihadista y el islam en todas sus formas, para no conceder a estos mercaderes del odio la oportunidad de confundirse con sus víctimas musulmanas. Pero soy consciente de que me hallo aislado en este planteamiento, por lo que entiendo que un «diccionario de islam e islamismo» no puede excluir a los yihadistas sin suscitar la incompreensión del público, que precisamente demanda elementos explicativos de fenómenos tan terribles como este. Por ello, celebro la obra que nos ofrece Luz Gómez, en la medida en que logra conciliar la exigencia de rigor académico con la claridad debida a toda herramienta de referencia destinada al gran público.

Jean-Pierre Filiu, catedrático en estudios medio-orientales en Sciences Po, Paris School of International Affairs (PSIA).